El rodaballo

Günter Grass
Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1981, 557 pp.

Verónica Valenzuela



Nunca es tarde para leer a un "clásico". Mucho menos cuando desde el primer párrafo nos agita, frondosa, inauditamente, un mundo tan pensado, pero nunca tan imaginariamente recreado como en El rodaballo. La historia son todas las que se puedan contar sobre la mujer, la historia humana, la cotidianidad de un sujeto como Günter Grass.

Nacido en Danzig en 1927, Grass es uno de los exponentes más lúcidos de la postguerra, y desde entonces ha sido testigo e infatigable inquisidor de la conducta humana.

El desgarramiento de sus recreaciones literarias se distingue apenas de la risa, el asombro, el sinsentido que se convierte caricatura en esos seres extraños de sus novelas (ver, por ejemplo su novela más conocida, junto con su versión cinematográfica: El tambor de hojalata de 1959).

El rodaballo es un juego de luces. Se prenden y apagan en su curso pequeñas narraciones que van transcurriendo en diferentes épocas históricas: desde el neolítico hasta el presente siglo.

Un hombre de la horda nos narra en el neolítico su relación con las "cocineras", en este caso la diosa Aya, la de tres pechos que asume y obliga a su poderío matriarcal. Aya, la diosa del fuego, que alimenta con él y sus tres pechos a los hombres de la edad de piedra. Con el fuego, la comida: de lo crudo a lo cocido. Primer acto civilizatorio.

El hombre no se pregunta el porqué de su obediencia y sumisión, como infante se satisface con el pecho de la madre-mujer Aya, a quien goza y lo goza.

Pero aparece el rodaballo, un pez redondo y chato que habita las aguas de Vístula, escenario permanente de la novela. El pez es la "razón" de la Historia. Él conoce lo de antes y lo de después. No puede más que justificar su ser así, inevitable: el paso al patriarcado como transformación necesaria. El poderío del varón y la razón como su razón.

El rodaballo, al ser atrapado entre las redes del pescador neolítico, le propone un trato: asesorar al hombre, masculino, en su relación con las mujeres de las historias, que son la Historia y que constituyen la novela:

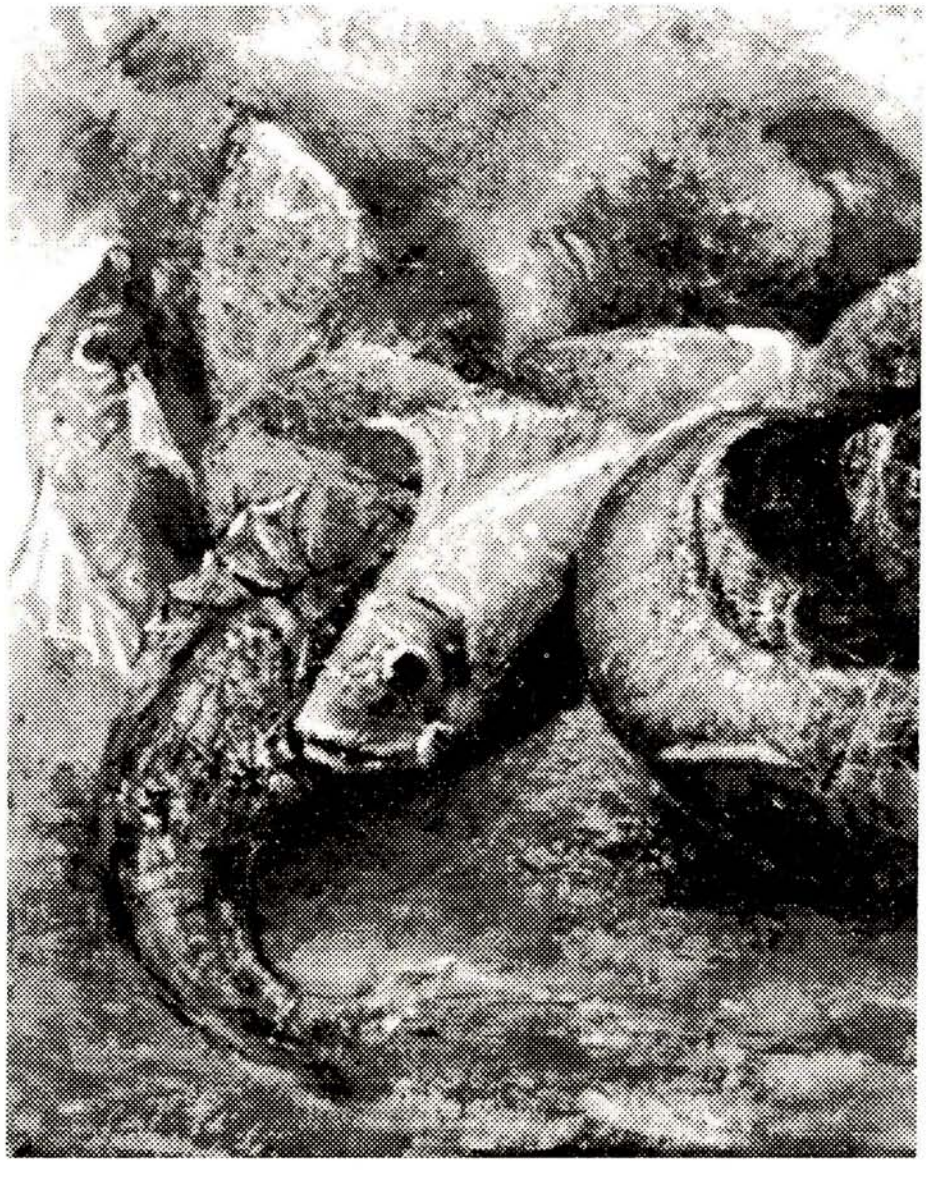
"Aya, la supernodriza primitiva; Vigga, la walkiria malhumorada; Metsuina, que resuelve sus problemas amorosos con métodos contundentes; la frígida Dorotea de Montovia, mística y bruja; Greta la Gorda, una inmensa abadesa; Agnes Kurbiella, musa descalza de pintores y poetas; Amanda Woyke, cocinera capaz de codearse con Federico II; la siempre virgen Sophie Rotzoll; y Lena Stubbe, autora de un "Libro de cocina proletaria".

Todas y cada una de ellas desfilarán ante nuestros ojos, mientras se lleva a cabo un tribunal feminista en el Berlín de los años setenta, que enjuicia la función machista del rodaballo.

Günter Grass hablará desde el auditorio, como público y, más tarde, como intencionado testigo

y cómplice del pez chato. Pero sus argumentos no son los del rodaballo. Éste busca la realización de la Historia tal y como sucedió; la posibilidad no entra en el razonamiento rodaballesco. El pescador y, consecuentemente las parejas masculinas de las "cocineras" históricas, hablarán desde su inconsciencia, desde el núcleo esencial de su ser masculino, y así, se interrogarán sobre su única búsqueda y múltiples encuentros con LA mujer. Por eso El rodaballo es un tratado sublime sobre el amor, sobre el poder entre los géneros y, además de una inquisición profunda, ruidosa, alegre y pecaminosa sobre los cauces de la relación hombre-mujer, que parecen funestos, pero que no son más que lo que el rodaballo argumenta a su favor: realizaciones casuales, casuísticas de la vida humana; cuya necesidad se va otorgando en y por la historia social. Porque nada nos distingue de las cocineras, a pesar de no llamarnos Greta o Dorotea y no vivir en el medioevo europeo o en las cavernas de la edad de piedra. Cocineras seguimos siendo y Günter Grass se entretiene para maravillarnos mediante sus personajes con la representación de todas las máscaras que han llegado a edificar el ser así femenino.

El varón se rebela —asesorado siempre por el rodaballo—, y conquista el hierro, forjado con el fuego usurpado a la otrora poderosa mujer.



Con el hierro: la conquista de los instrumentos, la producción y la guerra. Se instala el amor como torrente en el que confluye la inevitable lucha por el poder. La mujer se lleva el fuego a la cocina, con él su poderío, pero no ya en la vida pública, sino en los espacios que el amor ha definido, que se le han otorgado como suyos. Por eso El rodaballo es una historia culinaria, que inicia en la oscuridad de lo crudo y se detiene en las sucesivas innovaciones del "guisar": las pimientas de colores y sabores a oriente entre los callos y el mondongo de la abadesa Greta que mueve desde sus manjares los hilos de la vida pública del poder eclesial en la Prusia del siglo XVI.

> "¿Quién come conmigo tripas-callos-mondongos? Tranquilizan, calman la ira de los coléricos, adormecen el miedo a la muerte y recuerdan los callos, tripas y mondongos de otros tiempos, cuando los pucheros estaban siempre medio llenos en el fogón." (p. 200)

Entre descripciones de merluzas sancochadas en infinidad de especias, mezclas de extraños cereales y sabores de mariscos, Günter Grass hace uno de los más espectaculares homenajes a la cocina, acto fundante de la vida humana. El rodaballo logra mediante el artificio literario —a través de la imaginación y la palabra— provocar el regusto y saboreo de una lectura que no se ufana por presurosa, sino por el deleite en la lengua de algo que entra por los ojos.◆